

Saramago: the cave as allegory of the market

SARAMAGO: LA CAVERNA COMO ALEGORÍA DEL MERCADO

Marco Antonio Vélez Vélez⁴

Resumen

La novela La caverna de José Saramago se nos presenta como una alegoría de la sociedad de mercado. Sobre la base de la distinción alegoría, el símbolo se construye una interpretación que le da sentido a la presencia de la caverna, en tanto escenario del relato, y lugar que pone en escena a la mercancía y su guiño ambiguo e integrador y destructor de formas de trabajo premodernas; campo propio de la fantasmagoría y del simulacro.

Palabras clave

Alegoría, símbolo, sociedad de mercado, centro, fantasmagoría, simulacro.

Abstract

Saramago's novel the cave is an allegory of the market society. Regarding this allegory, the symbol becomes an interpretation in the presence within the cave, both as a set for the story and a place where goods are displayed in the ambiguous, integrative and destructive forms of the pre-modern work

Key words

Allegory, symbol, market society, center, phantasmagoria, simulation.

⁴ Magister. Candidato a Doctor, U. de A. Docente Especialización en Gerencia de Servicios Sociales, Fundación Universitaria Luis Amigó. Profesor del Departamento de Sociología, Universidad de Antioquia. Correo electrónico: marco_vvg@yahoo.es

La estética romántica propició una clara distinción entre alegoría y símbolo, en torno a la que se elaboró todo un campo de reflexión en el cual se involucró la concepción del arte, del mito y, en general, de la producción mito-poética del hombre. Todorov (1981) nos muestra como de esta discusión participaron Goethe, Schelling, Schlegel, Hegel, Creuzer y Solger. Era de mayor importancia para la teoría del arte de los románticos dejar establecida dicha diferencia. Sin embargo, no vamos a seguir todos los momentos de la distinción romántica entre ambos conceptos, más bien optaremos por brindar la definición condensada de alegoría propuesta por dos de los autores citados, con el fin de usar dichas enunciados como instrumento de análisis sobre la obra de José Saramago, *La Caverna*, que reúne todas las potencias de la alegoría.

Alegoría, símbolo, fantasmagoría

Creuzer, citado por Todorov, distingue alegoría de símbolo señalando que

La diferencia entre ambas formas (símbolo y alegoría) debe situarse en lo instantáneo, rasgo ausente en la alegoría. Una idea se abre en el símbolo en un momento y por completo, y llega a todas las fuerzas de nuestra alma. Es un rayo que cae directamente desde el fondo oscuro del ser y del pensar hacia nuestra mirada y atraviesa nuestra naturaleza íntegra. La alegoría nos hace respetar y seguir la marcha del pensamiento oculto en la imagen. En un caso, la totalidad instantánea; en el otro, la progresión de una serie de momentos (Todorov, 1981, p. 279).

La alegoría en este caso se distingue por su referencia temporal, además por la exigencia de detención del pensamiento en la imagen.

Para Solger (1981), citado por Todorov, la diferencia entre ambos conceptos se sitúa en que: “la alegoría contiene lo mismo que el símbolo; sólo que en ella aprehendemos mejor el modo de obrar de la imagen, ya cumplido en el símbolo” (p. 306). Además, nos dice el mismo autor

El símbolo tiene la gran ventaja de figurarlo todo como una presencia sensible, pues condensa toda la idea en un punto de la manifestación (...). Pero la alegoría tiene ventajas infinitas para un pensamiento más profundo. Puede aprehender el objeto real como puro pensamiento sin perderlo como objeto (p. 307).

De nuevo diferencia entre la instantaneidad del símbolo y la detención pensante de la alegoría, la profundidad de esta última en el recorrido de la imagen.

El filósofo Alemán Walter Benjamín (2009) utilizó el concepto de alegoría en sus análisis sobre la París del siglo XIX; así, en el libro de *Los pasajes* se deja sentir toda la fuerza de la alegoría como instrumento de interpretación sobre la realidad. Renato Ortiz (2000), citando a Benjamín al respecto de dicho uso señala que: “no es difícil percibir que los pasajes tienen también, en diferentes anotaciones a lo largo del libro, un valor alegórico” (p. 97). Igualmente, avanzando sobre tesis de Benjamin, sostiene que

Una alegoría es, mientras tanto, algo abstracto; para comprenderla es necesario subordinar el análisis a elementos más concretos. Benjamín los encontrará en temas como: iluminación a gas, sistema ferroviario, pasajes, electricidad, fotografía, folletín, magasins de nouveautés, grands magasins, etc. Su elección de asuntos aparentemente dispares no es casual; constituyen objetos heurísticos que alegóricamente expresan una realidad. París se torna así un “mundo en miniatura” (pp. 99-100).

Estas citas y el preámbulo pretenden introducir una propuesta de análisis a la novela del Nobel portugués José Saramago (2001); decir que la obra *La caverna* es una alegoría de las sociedades de mercado es, en parte, reconocer aquello que el autor formula expresamente sobre su obra. No es una novedad saber que el autor portugués es un marxista confeso, en tiempos en que asumir dicha condición no da muchos réditos. También el autor ha planteado explícitamente como esta obra forma parte de una trilogía donde *El ensayo sobre la ceguera* y *Todos los nombres* son los otros componentes de un análisis descarnado de la realidad de la modernidad tardía. Pero es en *La caverna* donde la crítica del tardo capitalismo es más vehemente y el recurso de la alegoría es un momento esencial de dicho proyecto de puesta en cuestión de la realidad de la sociedad de mercado. Así como en otro contexto y para denunciar la realidad social del capitalismo del siglo XIX, Walter Benjamín (2009) puso en juego las potencialidades de la alegoría como condensación del fenómeno de la fantasmagoría propia de la dinámica de la mercancía y en tanto rebasamiento del mero fetichismo mercantil, denunciado por Marx.

El soporte de la construcción de Saramago (2001) es el de la oposición entre un oficio en desaparición, la alfarería, representada por Cipriano Algor y su hija -personajes de la obra-, y la realidad omnímoda de la sociedad de mercado. El alfarero encarna los atributos del mundo artesanal precapitalista, es decir, el modo simple de la producción de mercancías, un fenómeno de otra época; la alfarería refleja los códigos de la artesanía y el trabajo concreto, casi artístico, del alfarero; eso es Cipriano Algor, un artista de los materiales y del barro en particular, en un tiempo donde lo artístico del producto queda en un segundo plano. Para el artesano, su obra es esencialmente un valor de uso ligado a su personalidad, a sus peculiaridades como sujeto, indisociable de sí mismo. Sin embargo, no es esta la realidad de la mercancía, ni la del mundo del mercado. En este último reinan la abstracción y la *serialidad*.

En principio, no hay obstáculos para que el artesano subsista en el mundo del mercado; el capitalismo es aquella forma de producción que condensa otras formas de producción y las recicla a todas según sus necesidades. El tardo capitalismo no ha abolido el mundo del artesano y su obra, por el contrario, puede integrarla al ciclo de lo folclórico, en tanta supervivencia necesaria de un tiempo ya ido; sin embargo, Saramago (2001) presenta en su novela la confrontación mundo de las mercancías-mundo artesanal en términos de una oposición radical. El primero excluye al segundo. En *La caverna*, “el centro”, entidad físico-metafísica, está en abierta disputa con el mundo artesanal y lucha por destruir, según una lógica implacable -porque es social y abstracta-, la existencia del mundo del artesanado: el mundo de Cipriano Algor, su hija Marta y su yerno Marcial Gacho.

La economía política del centro

Hay una pregunta que no deja de inquietar al lector ¿qué es “el centro” en la novela de Saramago? Decíamos, previamente, que era una entidad físico-metafísica. Es un lugar tan concreto como el centro comercial de una gran ciudad, pero es igualmente una realidad trascendente a todo lugar, es la mercancía misma como fantasmagoría, según la expresión de Benjamín (2009); el lugar que aloja las mercancías sufre las transformaciones que estas pasan. El centro comercial se convierte en la ciudad moderna en el templo de la mercancía, lugar donde se oficia su culto y donde el oficiante-consumidor se entrega a los ritos propiciatorios del mundo de los objetos que le rodean, que le hacen ambiguos guiños. Es el lugar de sus elecciones y del ejercicio de su libertad ilusoria.

El centro en Saramago es un lugar de exclusión-inclusión; exclusión de lo extraño al mundo de la mercancía en su serialidad; pretensión de inclusión de todas formas frente a lo que se le resiste. Si en el centro vemos una alegoría de la economía y la sociedad de mercado, sabemos que la dinámica de esa economía y esa sociedad es jugar a la inclusión frente a quien se aviene a las reglas y el excluir a quien se resiste a ellas; en este doble juego se ven atrapados Cipriano Algor, su hija y su yerno; el doble juego mencionado los pone en situación de decidir sobre su alternativa de inclusión, sobre la base de la conciencia aparente de ser su única opción vital.

El centro deja sin alternativas al alfarero; su única posibilidad parece ser la de integrarse a la vida artificial y fantasmagórica del centro. Cipriano Algor sufre la devaluación de su oficio en virtud de la dinámica modernizante del mercado; un oficio manual, una labor de demiurgo con el barro no se corresponde con las nuevas realidades tecnológicas del mercado. La labor sensible de las manos es reemplazada por la abstracción de la mercancía

La pasta está bien, húmeda y plástica, en su punto, fácil de trabajar, pero ahora preguntamos nosotros, cómo podrá estar tan seguro de lo que dice si sólo puso la palma de la mano encima, si sólo apretó y movió un poco de pasta entre el dedo pulgar y los dedos índice y corazón, como si, con ojos cerrados, todo él entregado al sentido interrogador del tacto, estuviese apreciando no una mezcla homogénea de arcilla roja, caolín, sílice y agua, sino la urdimbre y la trama de una seda. Lo más probable, como en uno de estos últimos días tuvimos ocasión de observar y proponer a consideración, es que lo saben sus dedos y no él (Saramago, 2001, p. 190).

El saber del alfarero es un saber de las manos, del ejercicio concreto de la sensibilidad y no solo el resultado de la acción del instrumento técnico.

En principio podríamos aseverar que el centro comercial moderno no excluye ningún tipo de trabajo como realización de potencialidades humanas; sin embargo, como tendencia, el trabajo artesanal como expresión del trabajo concreto humano es una inversión de excedentes de tiempo, con la promoción de productos que se salen del gusto codificado y escéptico de un consumidor cuyos deseos y necesidades sufren la anticipación por parte de la máquina productiva. En *La caverna* el centro es excluyente, delimita taxativamente el espacio de la mercancía frente al producto del artesano, no admite mediaciones, ni hibridaciones. Pero el centro margina el trabajo concreto a costa de integrar a la persona como sujeto y lograr

asimilarlo a su proyecto fundamental. Cipriano Algor como persona puede formar parte del espejismo del centro, solo que a riesgo de dejar de ser quien es como sujeto soberano de la labor concreta artesanal; su integración no debe ser entendida en el contexto de la obra en términos del viejo concepto de alienación; el artesano es captado, pero no pasivamente, por el contrario, su estrategia es la de reconciliarse consigo como sujeto, sobre la base del desciframiento de aquello que el lugar sagrado de la mercancía representa.

La trascendencia del centro

No lo creo y por eso ya he sugerido que existían otras formas de concebir la trascendencia distinta del antiguo modelo de la revelación. Una "trascendencia en la inmanencia", que debe entenderse en un doble sentido. Por una parte, desde un punto de vista subjetivo; así tras el rechazo de los argumentos de autoridad que caracteriza todo el pensamiento moderno, percibimos irrecusables trascendencias en el seno de nuestra conciencia: las de la verdad que se impone a nosotros, a veces indiscutiblemente, y también creo yo, las del bien, lo bello y el amor. Por otra parte, en sentido objetivo, como sugería a propósito de los desplazamientos de la idea de sacrificio: la trascendencia de los valores se sitúa actualmente dentro de la propia humanidad (Comte-Sponville & Ferry, 1999, p. 269).

Esta idea de trascendencia retomada de la discusión entre dos filósofos contemporáneos, nos permite ilustrar la señalada posición de eminencia del centro en *La caverna*. El centro es para Cipriano Algor y su familia un lugar donde se deciden sus destinos, en tanto es el *sancta sanctorum* de las mercancías; pero también eminente lugar donde se cristalizan todas sus aspiraciones de realización personal.

El centro decide para el alfarero la posible continuidad en su oficio, ya que allí se posee el secreto de las mercancías, se descifra la incógnita de su valor de cambio. Espacio profano-sagrado, auténtico templo de los objetos de consumo, es una moderna iglesia con sus rituales y oficiantes que dejan pender sus inefables decisiones sobre la marginalidad de los oficios

Ésta es la ocasión de proclamar que el Centro escribe derecho con renglones torcidos, si alguna vez tiene que quitar con una mano, con presteza acude a compensar con la otra. Si recuerdo bien, eso de los renglones torcidos y escribir derecho se decía de Dios, observó Cipriano Algor. En estos tiempos viene a ser prácticamente lo mismo, no exagero nada afirmando que el Centro, como perfecto distribuidor de bienes materiales y espirituales que es, acaba generando por sí mismo y en sí mismo, por pura necesidad, algo que, aunque esto pueda chocar a ciertas ortodoxias más sensibles, participa de la naturaleza de lo divino. También se distribuyen allí bienes espirituales, si, y no se puede imaginar hasta qué punto los detractores del Centro, por cierto cada vez menos numerosos y cada vez menos combativos, están absolutamente ciegos para el lado espiritual de nuestra actividad (Saramago, 2001, p. 378).

La trascendencia del centro es inmanente; en el espacio de la desacralización de la modernidad es uno de los únicos lugares donde aún se escenifica el ritual de las nuevas trascendencias, es aquel donde el destino concreto de los hombres asume los rigores del valor de cambio y del valor de cambio-signo (Perniola, 2009); el centro comercial de las megalópolis modernas es el espacio del ritual siempre recommenzado del individuo consumidor. Basta ver la prolifera-

ción de los centros comerciales en las ciudades de Norteamérica, algunos de ellos surgiendo en el vacío absoluto de compradores, palacios líquidos de un ritual no realizado, pero siempre disponible a su ejecución. En ellos se escenifica la pura virtualidad del comprador y su emergencia quiere mostrar cómo esta nueva trascendencia del consumo no puede tan fácilmente erradicarse de las prácticas de los hombres. Son como esos templos de viejas religiones cuyos dioses han sido olvidados, pero con evidencias materiales que aún podemos apreciar; sólo que el dios del consumo es un dios de promesas futuras, de promesas no siempre ciertas, pues la desventura de la compra del tiempo futuro asedia al comprador.

El grupo y el centro

Como en otra obra de Saramago, *La balsa de piedra*, en *La caverna*, la vida de un grupo en devenir configura el espacio de la acción. Son devenires diferenciales, ya que en la primera novela mencionada, el grupo construye su línea de fuga sobre el presupuesto de una catástrofe, la separación de la Península Ibérica del continente europeo. La catástrofe configura y define la realidad del grupo como colectivo que deshace sus rutinas y vaga sin futuro definido. En *La caverna* el grupo está bien situado, es un grupo familiar con roles claros, el padre, la hija, el yerno, el perro. Un elemento de catástrofe no deja de advenir al grupo así constituido. El Centro como espacio de absorción amenaza la existencia de los miembros del grupo familiar; en él existe el *quinta columnista*, es el yerno de Cipriano Algor, es la presencia viva del centro en el entorno familiar, es la superficie de proyección de las estrategias del centro, y estas últimas son la expresión de la trascendencia del centro frente al grupo, no son el producto consciente de una acción política calculada. El efecto es propiamente sistémico.

El grupo familiar percibe la amenaza de absorción por el espacio trascendente

Y ya que estamos hablando de tamaños, es curioso que cada vez que miro al Centro desde fuera tengo la impresión de que es mayor que la propia ciudad, es decir, el Centro está dentro de la ciudad, pero es mayor que la ciudad, siendo una parte es mayor que el todo, probablemente será porque es más alto que los edificios que lo cercan, más alto que cualquier edificio de la ciudad, probablemente porque desde el principio ha estado engullendo casas, plazas, barrios enteros. Marcial no respondió en seguida, el suegro acababa de dar expresión casi visual a la confusa sensación de perdimiento que se apoderaba de él cada vez que regresaba al Centro después del descanso, sobre todo durante las rondas nocturnas con la iluminación reducida, recorriendo las galerías desiertas, bajando y subiendo en los ascensores, como si vigilase la nada para que continuase siendo nada (2011, p. 380).

El centro gravita así sobre el grupo como una especie de agujero negro, como espacio de engullimiento, que los abisma frente a la nada y el sinsentido; la insensatez posible del espacio configurado por la mercancía, la sensación de vacío no dejará en paz a los miembros del grupo y será el soporte de su línea de fuga más allá del centro.

Sin embargo, un potencial integrante del grupo familiar es quien mostrará a Cipriano Algor una posibilidad de vida, en el momento en que en apariencia para él la vida ha terminado. Isaura Madruga representa la alternativa del amor frente a la abstracción del centro; el amor

se transforma en salvación para el alfarero. Si el centro es solo el simulacro de la vida, puro juego de máscaras, el amor es la recuperación de la autenticidad en el seno de la seducción mercantil; el amor es salud y reconciliación en la simplicidad de la figura de Isaura; el centro es el simulacro y la mascarada. En las novelas de Saramago el amor tiene la elementalidad de un sentimiento espontáneo que nos permite rebasar las encrucijadas vitales, no es el amor erótico, tampoco el amor pasión, como en el caso de Cipriano Algor es más bien la reciprocidad de un sentimiento que nos sitúa por encima de la miseria cotidiana. Las parejas están allí cercanas, inmanentes, recíprocas en su afecto, el erotismo se presenta desvanecido, furtivo, casi agazapado o solo sugerido.

El grupo lo conforman el alfarero, representante del oficio que fenece; su hija, prolongación del oficio y soporte vital del padre alfarero; Marcial Gacho, el yerno, imagen del centro en el entorno familiar y esperanza de reivindicación del grupo en los dominios trascendentes del espacio mercantil. Isaura Madruga, la promesa de amor y redención para Cipriano. Y finalmente, el perro, encontrado, es su nombre, representa a diferencia del perro de otra novela de Saramago (1999), *La balsa de piedra*, una relación situada en los límites estrictos de la domesticidad; allí la *animalidad* no es la expresión de una forma de clarividencia superior como en la novela ya citada; por el contrario, acá la animalidad es solo espacio de servidumbre y de mansedumbre, aquella figura que los seres humanos esperan de una naturaleza animal definitivamente sometida y disponible en términos de utilidad. En los asépticos lugares y espacios del centro, la animalidad por más doméstica que sea no tiene entrada, allí pululan pececillos de colores en peceras, forma extrema de la animalidad como decorado.

El grupo familiar de *La caverna* se libera del centro, Saramago nos deja sentir la esperanza mediante dicha emancipación; la línea de fuga abierta por el grupo es el resultado de una certidumbre posterior al descubrimiento del secreto del centro; una iluminación súbita deja entrever las potencialidades del espacio de simulación que es el centro. En este aséptico lugar de la simulación y de la seducción yace un secreto, algo oculto a la mirada de todos, espacio de lo recóndito y de la “inquietante extrañeza”, es aquello cuya revelación portará las alternativas de liberación del grupo familiar y será el alfarero el depositario de la oportunidad de escapar por aquella fisura abierta en el agujero negro del simulacro mercantil.

La caverna en el centro y la inquietante extrañeza

¿Cuál es el lugar del espacio secreto en un campo de simulación? Es esta la pregunta que surge con el descubrimiento en el centro de la caverna; el espacio de la simulación es translucido, tiene todo el fulgor de la mercancía que seduce, que emite signos, que convoca al sujeto. Sabemos que la mercancía tiene un doblez, que es fantasmagórica. Ella es una entidad físico-metafísica, empírico-trascendente, la posibilidad del secreto y el desconocimiento se albergan en su seno, en su devenir; sabemos que el secreto de la mercancía es el hombre mismo, ese es el enigma siempre planteado y siempre resuelto en los dominios de la economía política del capital. ¿Esta es la iluminación que adviene al grupo familiar con el descubrimiento de la gruta en el centro? ¿Es este el develamiento esperado en el espacio de las máscaras y

de la fantasmagoría? Al develamiento del secreto por el Centro a través de sus agentes, develamiento banal, simulado, anticipado como precesión de todos los secretos, opone Cipriano Algor su capacidad de desenmascaramiento

El secreto de la abeja no existe pero nosotros lo conocemos, no existe pero lo conocemos, lo conocemos, lo conocemos. Vio caer una máscara y percibió que detrás había otra exactamente igual, comprendía que las máscaras siguientes serían fatalmente idénticas a las que hubiesen caído (2001, p. 309).

Para el centro no hay secretos, él es en sí mismo el mayor secreto, la mayor cifra, la incógnita no develada, el algoritmo supremo, de allí su trascendencia frente al sujeto cotidiano; la economía política crítica pretendió poner en evidencia su fantasmagoría, pero en revancha la mercancía y el mercado han rebasado toda expectativa de liberación. Cipriano Algor tiene una esperanza y es la del desciframiento supremo del secreto que el centro alberga; dicha acción lleva en sí la promesa de su liberación como sujeto; aquello que la caverna le revela es su no videncia, o para decirlo en términos de los teóricos de sistemas: no vemos aquello que no vemos. Existe una forma de ceguera propia de la vivencia en el seno de la economía de mercado, es aquella que nos somete a no ver en el espacio de la simulación más rostro que aquel donde la mercancía es el simulacro de sí misma, es la máscara tras de todas las máscaras, la negación de la conformación del sí mismo como sujeto en el desconocimiento abisal de las posibilidades más propias de subjetivación.

La caverna en el centro es, sin embargo, para el grupo familiar de Cipriano Algor el lugar de una inquietante extrañeza; en ella el grupo reencuentra la verdad olvidada de sí mismo; en un instante de revelación Cipriano Algor se recupera de los efectos de seducción que el centro ha producido en él; una versión más clásica diría que se desalienta, solo que la ruptura con la alienación supone un trabajo sobre la conciencia del sujeto, exige una forma particular de educación. La iluminación súbita del alfarero y su grupo para romper con el hechizo del centro tiene más los caracteres de rebasamiento de la seducción a que han sido sometidos. La mercancía posmoderna seduce, no aliena, frente a ella no hay toma de conciencia, sino el instantáneo fulgor de una visibilidad que adviene y nos permite superar las falsas trascendencias. Es este el proceso vivido por Cipriano Algor con el descubrimiento del agujero negro del centro, la caverna como el centro del centro, es decir, espacio ideal del desciframiento de sí mismo, siempre que se tenga la fortaleza para soportar esa luz que encandila, con todo el peso de la evidencia del sí mismo que de ennegrecido se transforma en vidente.

Esta videncia que nos confronta con nosotros mismos es una forma de vuelta a lo concreto del mundo, más allá de una espuria trascendencia; Cipriano Algor retorna del templo de las mercancías a los brazos del amor. Isaura Madruga, con la simplicidad y evidencia del amor, rescata al alfarero de las abstracciones y simulaciones del templo de las mercancías; así como, igualmente, Marcial Gacho, el típico personaje del centro, cuya trama se teje en torno a él, vence su sumisión y vuelve el mundo concreto del amor y el trabajo no simulado en compañía de Marta. El sol que ilumina no es el sol platónico de las ideas, es la más específica luz de la cotidianidad del esfuerzo y el amor humanos no ficcionalizados.

Conclusiones

Saramago nos lleva a interrogarnos en *La Caverna*, por la condición contemporánea de una humanidad abocada a la idolatría de la mercancía, en tanto nuevo referente de lo social. A la economía política del valor, clásica, se le anexa la economía política del signo, del símbolo y de la imagen. Es el totalitarismo del mercado el que hace presa en nosotros.

La ciudad es el espacio ampliado para escenificar esas cavernas que son los lugares donde el culto a la mercancía-signo posibilita la soberanía. Los centros comerciales cumplen el papel dejado en el vacío por los espacios tradicionales de lo sagrado. Benjamín (2009), a comienzos del siglo xx, magnificó el papel de los pasajes, espacialidad del valor, del guiño que la mercancía ejercía sobre el sujeto del capitalismo del siglo pasado. Hoy, el equivalente de los pasajes de París son los centros comerciales, escenarios de la espectacularización de lo mercantil.

El sujeto humano se abre a la fantasmagoría que la mercancía genera. Las mercancías signo ejercen de dobles para un sujeto fantasmático y en el límite zombificado. De allí que la figura del zombi representa el carácter de muerto-viviente del hombre y mujer del mercado y para el mercado. Muertos vivientes de una biopolítica que vampiriza al individuo que habita el centro, esos agujeros negros que son los lugares del consumo.

Referencias

- Benjamín, W. (2009). *La dialéctica en suspenso*. Santiago: LOM ediciones.
- Comte-Sponville, A. & Ferry, L. (1999). *La sabiduría de los modernos*. Barcelona: Península.
- Ortiz, R. (2000). *Modernidad y espacio*. Santafé de Bogotá: Editorial Norma.
- Perniola, M. (2009). *La sociedad de los simulacros*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Saramago, J. (1999). *La balsa de piedra*. Madrid: Alfaguara.
- Saramago, J. (2001). *La caverna*. Madrid: Alfaguara.
- Todorov, T. (1981). *Teorías del símbolo*. Venezuela: Monte Ávila Editores.